

“Quién compra flores, quién echa
al soslayo una mirada,
quién requiebra alguna Lola
con voz muy quedita y baja;
y el alegre vocerío
acalla las tibias auras,
y la muchedumbre loca
con las flores se engalana,

“Al volver luego las niñas
con ramilletes á casa,
en el altar los colocan
de la Virgen. Allí ufanas
besan á sus madres luego
y ríen, gozan y bailan.

.....
“Como prenda de ternura,
en recuerdo de la patria,
besa á tus padres y diles,
con tu fé sencilla y casta,
lo que la inocencia sabe
y lo que inventan las almas.

Antes me alborotaba con esta fiesta, y hoy . . . hoy duermo hasta las diez el Viérnes de Dolores, como cualquier día, y si quiero ver flores, me voy perezosamente al Mercado del costado Oeste de la Catedral.



2 DE ABRIL.



HOY es un día de gloria,

Hace veinte años el imperio traído por las bayonetas francesas, acogido por los eternos enemigos de las libertades públicas, aún luchaba potente, y la reaccion se erguía para vengar su sangrienta rota de Calpulalpan.

El país entero estaba en conmocion, los campos no tenían más surcos que los que había abierto la artillería; las ciudades parecían desiertas, yermos los campos y triste el cielo.

La patria presentaba en toda su horridez este desolador cuadro de un ilustre poeta mexicano:¹

“Los huertos sin cultivo perdieron su verçura,
baluartes los peñascos de la montaña son,
cadáveres de hermanos tapizan la llanura,
y en vez de los arados arrástrase el cañon.

¹ Ignacio M. Altamirano.

“En los maizales tiernos las cañas se doblegan,
que de la sangre hiriólas el hálito mortal;
las linfas abrasadas del rio ya no riegan
sino collados mústios y estéril bejucal.”

Entre el estruendo de aquella lucha á muerte, se oyó de repente un nombre que vibraba en las comarcas del Sur, era este nombre: PORFIRIO DIAZ.

El valiente hijo de Oaxaca, el aguerrido militar que habia ganado sus grados con la punta de la espada, combatiendo la reaccion clerical y la invasion extranjera, se habia escapado de las mazmorras imperiales de Puebla, y acogiéndose á la tierra que Morelos inmortalizó con sus épicas hazañas, fué á improvisar, como este héroe sin igual, recursos, armas, hombres, para volar al socorro de la patria.

La carrera de Porfirio Diaz fué una carrera de triunfos, la victoria guiaba sus pasos. Oaxaca se le rindió, en Miahuatlan y la Carbonera destrozó las huestes austriacas y se presentó frente á los muros de la artillada Puebla, que era uno de los más poderosos baluartes del imperio.

Porfirio Diaz habia armado á sus soldados con los fusiles quitados al enemigo en el campo de batalla, y tenia ménos elementos que la plaza que venia á sitiar. Nada le arredró. La fortuna le sonreia.

Un dia supo que el terrible Márquez, el sangriento y nunca por los liberales bastante odiado Márquez, habia logrado salir de Querétaro y se hacia de recursos en la capital.

¿A dónde iria Márquez? ¿volveria á Querétaro?... No; ántes de volver en auxilio de Querétaro, se dirigia á Puebla, creyendo sin duda, fácil desbaratar á los sitiadores.

El Gral. Diaz lo supo al medio dia del 1º de Abril, á nadie confió

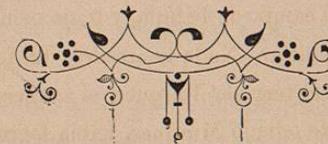
sus planes, y dispuso sus tropas en trece columnas diferentes. Los sitiados creian que el campeon de la República se retiraba.

A las doce de la noche se comunicó la órden de que al brillar una luminaria en el Cerro de San Juan, esas columnas debian entrar á sangre y fuego á la plaza.

Así sucedió; poco ántes de amanecer, el cielo y los muros de la ciudad se iluminaron con una luz rojiza, las descargas atronaron el aire, y al despuntar el sol en el horizonte, el pendon de la República ondeaba sobre Puebla, en cuyas calles quedaban regados más de dos mil cadáveres.

Nunca hubo un hecho de armas más friamente calculado, ni victoria más valerosamente disputada. Su trascendencia fué tal, que desde ese dia quedó resuelta la suerte del segundo imperio mexicano.

Desde entónces, todos los que acompañaron al caudillo del Ejército de Oriente, van en este dia á estrechar su mano, á ellos se unen admiradores sinceros y de ocasion; pero él sabe distinguir, sin duda, en dónde empieza la verdadera admiracion por un gran hecho y por el héroe que lo realizó.





II DE ABRIL.



UN haciendo á un lado las consideraciones de la política, es éste un aniversario luctuoso, y del que la humanidad tiene que avergonzarse.

La patria ha llorado y llorará siempre el baldon que imprimió en su historia una bandería ébria con el triunfo, y los recuerdos de la noche del 10 al 11 de Abril de 1859, quedarán como lección terrible de los extravíos á que conducen las luchas civiles.

El ejército constitucionalista se habia acercado á la capital de la República, ocupada por los clericales; era un ejército bizoño, mal armado, pero al que animaban el entusiasmo de la juventud, las ilusiones del porvenir, secreto imán de las nuevas ideas. Su grito era: Dios y Libertad; su lábaro, la Reforma.

Al aproximarse, muchos jóvenes abandonaron los colegios, unos para engrosar sus filas, otros para servir los hospitales de sangre.

Aquel ejército fué derrotado una vez más en las lomas de Tacubaya. Poco importaba; su general en jefe era D. Santos Degollado, que despues de cada desastre se volvía á presentar en la lucha con nuevas tropas improvisadas con una constancia sin igual. Pero el epílogo de aquella jornada fué horrible. El que fungía de general en jefe dió orden de fusilar á los prisioneros, como era la bárbara costumbre en aquella tremenda lucha que duró tres años, durante los cuales la Nación se desangró á torrentes, y el general vencedor esperó las sombras de la noche para ejecutar aquella orden . . . ¿pero cómo la ejecutó? junto con los oficiales liberales, fueron arrastrados al patíbulo los colegiales salidos de México, los médicos y los heridos, y hasta paisanos pacíficos traídos de sitios distantes del combate.

Al día siguiente, miéntras el vencedor penetraba en la majestuosa Catedral de México, entre el ruido de las salvas y los acordes del órgano, en tanto que en las bóvedas del templo cristiano resonaban los majestuosos acentos del *Te Deum*, los cadáveres de aquellos niños de 19 á 20 años, yacían hacinados en el átrio de San Diego de Tacubaya, y sus cerebros deshechos y su sangre juvenil, aún humeaban sobre la fresca y tupida yerba de los campos.

Unos pobres estudiantes, con el corazón compungido, emprendían á pié el camino de Tacubaya, y lograban penetrar por entre las bayonetas para ver si podían rescatar aquellos cadáveres. Entre aquellos audaces estaban, Ignacio Altamirano, Julian Montiel y Manuel Flores, que nada pudieron hacer, sino cargar en parihuelas los cadáveres, entre filas de soldados, para ir á enterrarlos al cementerio de San Pedro, en donde más tarde se levantó una pirámide con esta sola inscripcion: "*Aceldama.*"

¡Ay, y aquellas víctimas arrancadas á la vida en el pleno imperio de las ilusiones y de las esperanzas, no eran unos cualquiera!

Entre ellos estaba JUAN DIAZ COVARRUBIAS, el poeta mártir, como se le llama en la historia de nuestra literatura.

Poeta y soñador, novelista de exacta observacion, iba á concluir sus estudios en la Escuela de Medicina; para llevarlo al matadero se le arrancó de la cabecera de un herido con el *bisturí* en la mano.

MATEOS, todo entusiasmo, murió apostrofando á sus verdugos; PORTUGAL reclamando dar un último adios á los suyos, y todos como en medio de una pesadilla, protestando contra aquella fuerza bruta que desgarraba las leyes de la naturaleza en los albores de sus vidas.

Un año despues, cuando las señoras de México quisieron, en tan triste aniversario, ir á regar con llanto aquellas tumbas abandonadas á los lobos de Ajusco, los verdugos mandaron un esbirro que las disolviese á caballos . . .

Más tarde se ha conmemorado tan sangriento aniversario, y por aquellos sucesos, Tacubaya lleva hoy el nombre de "Ciudad de los Mártires."

